

CAPÍTULO I DE LOS EXCESOS VERBALES EN UN COCHE DE LÍNEA

—Era lo mejor que podía hacer —me comenta el viajero a mi lado—. Yo no estoy para nada ni para nadie.

—No le dé más vueltas, ya pasó. ¿Y no ha vuelto a saber nada de ella?

—Nada de nada. Imagino que ahora llevará varias semanas de clase. A veces me pregunto qué estará enseñando a sus alumnos: ¿la textura de las rocas compuestas de minerales en el monte? ¿O la textura de las rocas de carne y hueso en las ciudades?

—¿Tampoco llamó para disculparse?

—¿Para qué? Además, nunca me ha gustado disculparme. Eso es como pasar la pelota al tejado del otro, porque una vez que se disculpa uno, ¿qué hace la otra parte? ¿Aceptar las disculpas? ¿O, por el contrario, sentirse como un miserable? Como una miserable en este caso.

—No sé, quizá no estaba todo perdido. Es lógico que al principio tenga uno dudas y vacilaciones.

—Valga la redundancia.

—¿Cómo?

—«Dudas» y «vacilaciones», que es lo mismo.

—Ya veo que es usted muy riguroso con el lenguaje. No pasa una. Por cierto, ¿cómo se llama? Yo me llamo Helio.

—Encantado, Helio. Yo me llamo Germanio.

—Encantado, Germanio.

—Con todo.

—¿Perdón?

—Que realmente soy riguroso con todo. Así me va.

—Debería relajarse un poco en sus hábitos personales.

—Quizá.

—Total, que usted no llamó para disculparse.

—En efecto. Al fin y al cabo, estábamos solo empezando.

—Comprendo. ¿Y ella no le llamó a usted?

—Sí, me llamó varias veces esa misma tarde, pero no le cogí el teléfono, ¿para qué?

“Quizá como un gesto de consideración”, pienso para mí, pero no digo nada: total, para qué.

—¿Y de verdad que no ha vuelto a saber nada de Selenia? —pregunto, sin embargo.

—Era mejor terminar así.

—Es imposible terminar lo que no ha empezado aún. Tampoco es fácil terminar muchas veces lo que sí ha empezado. Sufrimientos que se eternizan. Pero de todo punto imposible terminar lo no iniciado.

—No me venga con sofismas, por favor, que acabamos de conocernos.

Viene ahora un cierto silencio, durante el cual es evidente que mi recién conocido compañero de viaje medita sobre algo.

Mientras tanto, yo imagino que Selenia se fue llorando a la cama aquella noche.

—Entonces, ¿el futuro era esto? —resuelve Germanio al fin.

—¿A qué se refiere?

—No sé, a esto, a estar aquí, así.

—¿En el autobús para Medina?

—No, en el autobús para Medina, no. Me refiero a si usted cuando era niño se imaginaba que se dedicaría a lo que se dedica. Por cierto, ¿a qué se dedica usted?

—Trabajo en un proyecto de papel autodestruible.

—¿Papel autodestruible ha dicho? ¿Y eso en qué consiste?

—Somos una empresa dentro del Parque Tecnológico de Andalucía y estamos desarrollando un papel inteligente mediante la incorporación de un microchip de celulosa para que él mismo se destruya, en caso de que lo que se escriba sea infumable. Todo ello con arreglo a un algoritmo de desintegración espontáneo sin necesidades crematorias.

Al fin y al cabo, igual que los teléfonos fijos o las películas de fotos pasaron a la Historia en un tiempo *record*, no ya el papel, sino toda la lectura en general no tardará en sufrir idéntico proceso. ¿Qué sentido tiene leer un libro cuando todas tus amistades en las redes sociales te bombardean con textos de todo tipo que hay que leer y sobre los que hay que opinar? ¿Qué sentido tiene seguir almacenando libros, buenos, regulares o malos, en este caso con mucho mayor motivo, por supuesto? ¿No será mucho mejor guardar todo lo que ya hay, como se conservan las ánforas en los museos arqueológicos de todo el mundo, y hacer tabla rasa con cuanto se publique a partir de ahora? Quizá hemos sido demasiado benévolo en cuanto al establecimiento de un criterio de calidad en el proceso autodestructivo del papel: todos los documentos físicos a partir de ahora deberían autodestruirse y, como mucho, permitir unas pocas opciones al usuario acerca de en qué momento prefiere programar dicha desaparición.

—Parece interesante. Por fin el papel dejará de soportarlo todo —opina mi vecino de asiento.

Y eso sin hablar de los discos de vinilo, incluso de los CD o los sacrosantos *pentdrives*, porque estar en la onda hoy día significa entrar en la dinámica de lo volátil.

—Queda todavía mucho camino por recorrer, pero ya hemos recibido las primeras quejas —respondo.

Si aquí ya no lee ni dios, ¿quién pensaría en releer? Un absurdo.

¿Para qué seguir agarrándonos con uñas y dientes a una quimérica aspiración de trascendencia? Hay que seguir investigando en nuestros papeles diluidos. Eso tiene mucho futuro. Todo se andará.

—¿Gente que se ha enojado al ver destruidos los papeles en los que pensaba que estaba reinventando la literatura?

—Algunos de esos, efectivamente, pero sobre todo se ha dado el caso contrario: gente cuyos documentos no se han autodestruido, pero que luego han sido totalmente ignorados por los lectores. Es como si nos correspondiera compensarles con la garantía de nuestro producto.

Una queja que no existiría si todos los papeles se desintegraran. Mucho más democrático, además.

—La literatura no se puede reinventar, para ello sería necesario que se inventara por primera vez —afirma Germanio.

—¡Muy buenas tardes, señoras y señores! Mi nombre es Estroncio Kolmenares, con K —somos interrumpidos por alguien que habla desde el micrófono, sentado en la butaca junto al conductor—, y hoy estamos promocionando la Sala Elíptica recientemente abierta en Medina, un templo de la magia y el ilusionismo con dedicación especial a la prestidigitación cuántica.

Hasta ese momento yo había pensado que se trataba de un conductor adicional.

—¿Que en qué consiste la prestidigitación cuántica? Se preguntarán ustedes. Nada más fácil de responder, pero permítanme que lo haga mediante una sencilla demostración. ¿Ven esta baraja? —eleva su brazo para que todos nos cerciorem— . Pues voy a pedir a cada uno de ustedes que coja una carta de ella por orden. Cada uno la que quiera, por favor, pero que nadie vea la carta que toma la persona sentada al lado.

Entrega la baraja al pasajero sentado en el primer asiento.

—¡Azaroso!

—¡Ajedrezaico!

—¡Alejandrino!

—¡Jiráfico!

—¡Pristino!

—¡Perlaico!

—¡Proteico!

—¡Jalapeño!

Han exclamado los ocho primeros viajeros, de donde deduzco que son un grupo poético compuesto por ocho, exactamente ocho, pasajeros dado que el noveno toma su carta sin mayores comentarios. Desde que Alberti y los suyos triunfaron en plan generación juvenil, ya no hay poeta que quiera ser considerado como tal que no busque alguna facundia colectiva a la que incorporarse. Un cierto aire beatífico bullicioso les había notado yo ya y los epítetos a las cartas así lo demuestran.

La pasajera en el asiento trece ha tenido que despertar a su compañero del número catorce.

—¿Puede jugar mi hijo que tiene diez años? —pregunta una voz juvenil.

—Claro que sí. Claro que puede: la prestidigitación cuántica está abierta para todas las edades —aclara Estroncio.

Regresa a manos del ilusionista la baraja una vez completado su ciclo por el interior del vehículo.

—Tienen todos su carta, ¿verdad? Y nadie ha visto la del vecino. Bueno, pues ahora les voy a pedir que la pasen al compañero de viaje de tal modo que la carta del pasajero en el asiento dos quede debajo de la de quien ocupa el uno, y así sucesivamente. Luego me las pasen a mí. Por favor, quiero insistir en lo trascendental de la exacta observación de mis instrucciones para la correcta ejecución de este número de magia.

—¡Rumoroso!

—¡Misterioso!

—¡Esplendoroso!

—¡Sinuoso!

—¡Escabroso!

—¡Vertiginoso!

—¡Aciduloso!

—¡Voluptuoso!

Cumplen las cartas su disciplinado recorrido y regresan al mago, que se dispone a completar la ilusión:

—Pues bien, el viajero en la butaca uno escogió el cinco de copas, el del asiento dos la sota de bastos, el pasajero del tres, el as de oros.

Etc.

—¿Es así, señoras y caballeros? —es obvio que Estroncio disfruta de su momento de gloria.

—¡Gozativo!

—¡Gentilicio!

—¡Gerunditivo!

Etc.

—Y es que en eso consiste exactamente la prestidigitación cuántica: la magia está en ustedes, señoras y señores, y yo apenas soy un orientador para que cada persona encuentre ese poder que lleva dentro.

De todas maneras, eso de ser poeta y no tener penas debe de ser una especie de querer y no poder. Algo así como un quedarse a medias.

Pasmo ambiental, poetas incluidos.

—¡Divergente!

—¡Catatónico!

Etc.

Un coro ochavado, como la plaza de Archidona.

—Les dejo ahora disfrutar del viaje y volveremos más adelante —anticipa Estroncio.

Claro que, paradójicamente, si eres poeta y no padeces

dramas, tu drama consiste en no sufrir traumas y de ese modo se logra una especie de equilibrio personal. O bien puedes adoptar pesares ajenos y practicar la empatía.

—¿Qué le ha parecido? —pregunto a Germanio.

—Yo ya sé dónde está el truco —responde—, pero no quiero tirarle los palos del sombrero.

—¿Sabe que a veces me recuerda a José Sacristán en *Madrid 1987*? —desbarato el encanto.

—¿No le gustó la película?

—Pues no, la verdad. Me pareció inverosímil.

—¿Por la encerrona de fin de semana en un cuarto de baño? ¿Por la historia de sexo entre la becaria y el periodista sexagenario?

—Por eso, sí, efectivamente. Pero sobre todo porque el personaje que interpreta José Sacristán parece una máquina expendedora de frases lapidarias y eso es absolutamente inverosímil. Sea cual sea el tema de conversación, él tiene una opinión más allá del bien y del mal en la que condensa toda su filosofía del escepticismo.

—¿Y le parezco yo así?

Igual Selenia decidió, antes de conseguir conciliar un sueño inquieto, que al día siguiente haría por ver a los acróbatas del Parque de la Paloma —fantaseo—. Quizá haya llamado su atención alguno en particular.

—A veces sí.

—Pero si todavía no me conoce.

—No sé, es una impresión.

—¿Por lo de que la literatura no se ha inventado todavía?

—Por ejemplo.

Una chica joven con aspecto extranjero se levanta para atender en el asiento a su niño, que debe tener poco más de un año. La chica lleva un pantalón tejano de tiro corto y color azul que muestra la parte superior de la braguita tanga.

—Bueno, no sé, pero me estaba contando que algunos, digamos, escritores se enojaban porque sus no autodestruidos papeles no gozaban luego del fervor popular.

—Así es. ¿Se lo puede creer?

—Claro que me lo creo. Aquí lo único que duran son los tatuos y tengo dudas: uno muy finito en plan pulsera, pero en el tobillo.

—Pero eso no significa que nuestro microchip de celulosa esté mal diseñado. Nosotros no tenemos la culpa de que luego la gente prefiera leer otras cosas. Que diseñen ellos su propio microchip y así es mucho más fácil lo de juzgar textos ajenos.

—¿Podría aplicarse también a los *ebooks*?

—Estamos en ello, la verdad. Teóricamente debería ser más sencillo, puesto que en este caso, no habría nada más que borrar el texto de la memoria del aparatejo, pero ya le digo que aún no hemos investigado demasiado en esa línea. Y lo mismo podría hacerse con los audiolibros.

—Todo un mar de posibilidades.

O puede que Selenia no decidiera nada, sino que simplemente se quedara dormida.

—Pues sí, más o menos.

No escapa tampoco a las apetencias de Germanio el pronunciamiento lumbar de la joven con aspecto extranjero.

—Estoy en que no sabe cocinar.

—¿Perdón?

—Esa chica, la guiri, que yo diría que lo más complicado que ha visto en su vida en cuestión de gastronomía es un huevo cocido. También la observo yo con atención.

—Bueno, pero si tiene un hijo pequeño, algo tendrá que saber.

—Sí, a distinguir un potito de carne de otro de verdura.

—¿No se ha planteado aprender alguna receta sencilla?

—No me motiva en absoluto y además nunca conseguiría un repertorio demasiado amplio. Prefiero tomar cada día un plato

diferente en un menú del día diferente. En Medina hay muchos bares de ese tipo. Si se tratara de Alcalá de Henares sería diferente.

—¿Es usted de Alcalá de Henares?

—¿En qué se me nota?

—Lo acaba de decir.

—Pues sí, de Alcalá soy, para mi gran desgracia.

La verdad es que si yo hubiera nacido en Alcalá de Henares, también preferiría Medina para vivir. Las cosas como son.

—Tiene fama de ser una ciudad muy culta —intento suavizar la aspereza que la imagen de la ciudad de Cervantes me provoca.

—Tiene fama de tener fama, pero ahí se acaba todo.

—José Sacristán *dixit*.

—No se ría, que todo eso son recuerdos muy dolorosos para mí.

—Disculpe, no quise ser hiriente. Pero, dígame, ¿no se ha planteado alguna vez escribir la historia de su vida?

—Yo creo que un novelista que escribe sobre sí mismo está dando los primeros pasos hacia su propio canto del cisne.

—Pero, por lo que me está contando, creo que tendría usted mucha sustancia vital.

—Penas, penas y más penas. ¿Se acuerda de la canción de Juan Bau?

—Sí, sí, claro, naturalmente.

Es posible que Selenia en su sueño se soñara como una sombra.

—Cuando yo iba al instituto, la chica que me gustaba, y a la que yo le gustaba.

—Ejem.

—Sí, en serio.

—Prosiga, por favor.

—Pues eso que la chica que me gustaba y a la que yo, ejem, le gustaba, cogió una hepatitis, estuvo sin venir por clase varias

semanas, y en una de esas el grupo de amiguetes decidimos dedicarle esa canción por radio. Era lo que había.

—Naturalmente.

—Aquel curso terminó. Al año siguiente ella fue a otro instituto o se fueron sus padres a vivir a otra ciudad, no recuerdo bien, y ahí se acabó aquel conato de primer amor. Aquello no fue un amor realmente, pero sí un primer tonteílllo, un primer jijí jajá.

—Comprendo. Todos hemos pasado por eso.

—¿Su primera novia también cogió una hepatitis?

—No, me refiero a lo del tonteílllo, el jijí jajá, el jugar a la botella para forzar a la gente a que se sincerara en materia de gustamientos, etc.

—Y, sin embargo, fuimos felices.

—En aquella época, por lo menos. Y de su estancia en San Javier, ¿tampoco le ha dado por escribir nada?

—Pues aparte de lo del coronel Esparza, cuya acción no se sitúa propiamente en la Academia, sino en los años posteriores, pues no, la verdad.

—Una pena.

—Me lo han dicho muchas veces. Tampoco quiero que piense nadie que pretendo imitar a Vargas Llosa en *La ciudad y los perros*.

—Bueno, pero nadie puede decirle que imita nada cuando está contando sus propias desventuras, una experiencia vivida y sufrida en primera persona.

—Sí, tiene razón, y si quiere que le sea del todo sincero, me lo he propuesto en ocasiones, pero no sé, tengo ahí como un bloqueo mental que me impide recordar todo aquello en detalle.

—O un mecanismo de defensa.

Es probable también que a esa sombra que Selenia es en su sueño se le apareciera otra sombra, que ella identificaría oníricamente con Germanio.

—Sí. Imagino que debe ser algo así. En cierta ocasión me lo

propuse con mayor firmeza que en otras y todos los días que duró aquel intento, y algunos posteriores, estuve de muy mala hostia.

—Bueno, no fuerce nada.

—La rigidez en la forma y en el fondo. La indelicadeza. Las tensiones en las relaciones personales. La hostilidad ambiental. De todos modos, el equivocado fui yo: existen personas para el pensamiento y personas para la acción, pero lo que nunca puede hacer alguien contemplativo es sumergirse en el paraíso de las dentelladas.

—Déjelo. No lo siga recordando.

—Y al final nos convertimos todos en cadetes atemorizados de ser sancionados por cualquier pijada. Una sensación de culpa constante que nos acompañará durante toda nuestra vida. A mí, al menos.

—La verdad es que no me resulta muy difícil imaginarlo. Yo también he tenido lo mío.

—¡Usted no tiene ni idea! ¡Ni idea! ¡Ni puta idea!... Esto..., disculpe la salida de tono. No pude evitarlo. Le pido mil perdones.

—No se preocupe, ya me imagino que son recuerdos muy dolorosos.

—Muchísimo. Pero, ¿sabe qué?

—Dígame.

—Pues que incluso a una situación de infractor constante se acostumbra el ser humano. No es la más recomendable de las situaciones, pero se acostumbra uno.

—Déjelo, Germanio. No es necesario que siga recordando.

—Pero si es que a mí me han arrestado por cosas que aun hoy, más de treinta años después, no sé por qué fueron. Es que yo he perdido mi libertad en varias ocasiones y todavía no sé el motivo. Imagino que implícitamente algo de esto habrá quedado en mis narraciones. Me gustaría pensar que así es.

—Ya leeré sus novelas tranquilamente. Tengo que buscarle

en el Google a ver qué ha escrito.

—Mucho me temo que algo encontrará.

Reímos. Vuelve a levantarse la chica con aspecto extranjero.

—Parece una sombra —comento.

—¿A qué se refiere?

—Al nacimiento de ese tanguita de encaje, que parece una sombra de placeres prometidos.

—Vaya, ya veo que no soy el único salido en este autobús.

—Pues no.

—Ni el único viejo verde.

Sonríe Germanio.

—Para el siguiente número, señoras y caballeros, observen que tengo un sobre en la mano —eleva Estroncio el brazo para que lo veamos y, efectivamente, muestra un sobre de tamaño DIN A-4—. Está cerrado y en él hay una foto. Lo que les voy a pedir es que propongan en voz alta posibles títulos para esta imagen que ustedes no conocen y para que no haya ninguna duda, me gustaría que alguien del público conservara este sobre cerrado, insisto, de tal modo que nadie piense que yo puedo cambiar su contenido. ¿Alguna o algún voluntaria o voluntario?

—Yo misma —se ofrece la señora sentada a la izquierda de Germanio, al otro lado del pasillo.

—Muy bien, señora, ahí le hago llegar el sobre —Estroncio se lo hace llegar—. Y ahora propongan títulos para esta foto que, insisto, ustedes no conocen.

Se oyen varios:

—¡Amanecer en la isla!

—¡Atardecer en la isla!

—¡Escena urbana!

—¡Camino entre girasoles!

Y otros pocos que olvido antes de que la propuesta llegue a mi cerebro.

Los poetas también participan:

—¡El alma calafateada!

—¡Acantilado abrupto!

Etc.

—¿Alguno más? —requiere Estroncio— ¿Está bien así? Fenomenal. Ahora vamos a proceder a votar entre todos el título que más nos gusta, menos yo, evidentemente, que me abstengo para no adular el proceso.

Votan los pasajeros —Germanio, el conductor y yo también nos abstenemos— y gana el título «El patio de mi casa», que no recuerdo haberlo escuchado entre las propuestas, pero tampoco he prestado mucha atención.

—Ha resultado ganador «El patio de mi casa». Señora, por favor —se dirige a la mujer sentada a la izquierda de Germanio—, ¿sería tan amable de abrir el sobre que obra en su poder y mostrar a todos la foto que en él se halla?

—¡Qué nervios! —admite la mujer.

Abre el sobre y saca la imagen, que resulta ser un fotograma de la película *Centauros del desierto*, con John Wayne en primer plano.

—¡Ahí lo tienen! —exclama exultante Estroncio— ¡Ustedes mismos lo han adivinado!

Gran conmoción, que se extiende hasta los vates:

—¡Ditirámico!

—¡Hiperbólico!

—¡Superlativo!

—¡Holístico!

Etc.

—¡En eso consiste exactamente la prestidigitación cuántica, señoras y señores! ¿Qué he hecho yo? ¡Nada! ¡Absolutamente nada! Yo no he hecho nada. Yo soy apenas un facilitador. Han sido ustedes y la suma de sus energías quienes han adivinado exactamente el

título de ese afiche. ¡Es ahí adonde quería llegar! ¡Es eso lo que les quería demostrar! ¡Ustedes son la magia! ¡El poder está en ustedes, que no se conocen de nada y han coincidido casualmente en este autobús! ¡Ustedes son la magia! ¿Qué soy yo? Pero ahora quiero dejarles reflexionar durante un rato y volveremos con otro ejercicio. ¡Ustedes son la magia, queridos amigos!

Regresa a su silencio el ilusionista, mientras una gran onda cósmica recorre todo el vehículo.

—Pero si no sabíamos qué foto era.

—Si yo no voy nunca al cine.

Etc.

Esos comentarios han sido de pasajeros sentados varias filas detrás de mí. Los poetas habrían sido más intensos. Bastante más intensos. Digo yo, vaya.

—Se le ha visto el plumero —afirma mi compañero de viaje—, pero no quiero hundirle el negocio.

Germanio es uno de esos seres que cuando mira parece que deposita sus pensamientos en las demás personas o en los objetos donde fija los ojos.

—¿Y cómo es que tiene tan pocos amigos y los pocos que le quedan, en su opinión, están a punto de dejarle? Yo tampoco disfruto una vida social demasiado intensa. De hecho, se halla ahora mismo en vías de extinción. Pero, ¿cómo es su caso? Igual hasta podemos lamentarnos al alimón.

—Es la pura verdad. Yo noto perfectamente que no se sienten cómodos conmigo y a mí no me gusta forzar las situaciones.

—Quizá no sea todo tan dramático como usted lo pinta. Quizá si no fuera tan perfeccionista. Quizá si les permitiera que no fueran perfectos. No sé, se me ocurre a mí, igual me equivoco. Estoy abierto a todo tipo de consejos —todo lo cual parece que no encaja demasiado con el perfil moral de un inventor de papeles autodestruibles, pero es lo que se me ocurre en ese momento: no

es poco lo que da de sí un viaje en autobús de Madrid a Medina.

—Hace un par de años presenté un libro en La invisible, ¿la conoce?

—Sí, claro.

—Bueno, pues eso, presenté un libro en La invisible, toqué a rebato, hice un llamamiento masivo por las diferentes redes sociales en que participaba y, por cierto, que en algunas de ellas sigo inscrito, si bien no sé ni cómo me dio por ahí, ¿y sabe cuántos, digamos, amigos asistieron?

—¿Cuántos?

—Cinco, incluida la camarera de la tetería de La invisible, es decir, cuatro, todas ellas amistades de nuevo cuño o proyectos de amistades, que poco más o menos se desvanecieron en ese momento, pero que, sin duda, se sentían comprometidos a asistir. Poco después dejaron de sentirse comprometidos y de asistir a mis invitaciones. Así se escribe la Historia. ¿Qué le parece?

—Pues que quizá, en vez de grandes ceremonias protagonizadas por usted, debería valorar un simple café con una persona que sea de su agrado.

—Poco después de aquello del libro sufrí una caída muy tonta y me hice una rotura fibrilar en la pantorrilla derecha. Tuve que estar tres semanas prácticamente inmovilizado en casa, porque no debía moverme y porque tampoco podía de los dolores tan intensos, ¿y sabe cuántas personas vinieron a visitarme?

—Imagino que no muchas.

«¿Estás embarazada?». Acaso fuera esa la pregunta que la sombra que era Germanio en el sueño de Selenia le hiciera a la sombra que era esta en su propio sueño.

—Exacto: nadie. ¿Y sabe cuántas se ofrecieron a echarme una mano?

—Me parece una pregunta retórica.

—Bueno, pues en este caso se equivoca.

—Hombre, me alegro.

—¡Una persona se ofreció! Pero porque en ese momento no estaba en Medina, sino en Santander pasando unos días con la familia.

—¿Ha probado a hacer grandes viajes? Ya que está solo, por lo menos que vea otros lugares. ¿Ha leído *Lonesome Traveler*, de Jack Kerouac?

—El general Narváez no tenía enemigos: los había fusilado a todos. Yo no tengo amigos: se me han escapado todos.

—Pero me da a mí que eso es exactamente lo que usted buscaba: alejarlos a todos, la soledad absoluta, pienso, si me permite que se lo diga.

—Se lo permito.

—Pues eso, que yo creo que usted, consciente o inconscientemente, ha maniobrado durante toda su vida para llegar a esta situación de misantropía urbana.

—Y, sin embargo, nada me hubiera gustado tanto como encontrar algo o alguien con quien volcarme: un amigo.

—O amiga.

—O amiga, una amante, una pareja a quien dedicarme en cuerpo y alma. Mas soy plenamente consciente de que aquello que más anhelo es precisamente aquello que más rechazo.

Permanecemos unos instantes en silencio.

«No estoy embarazada, pero en los sueños quedan para siempre los grandes momentos que hemos vivido en la vigilia ¿No lo sabías? Hay que ver, tan listo, tan listo y desconoces lo más elemental». Puede incluso que la sombra que es Selenia en su sueño aclarara así su barriguita a la sombra que es Germanio, que a su vez respondería: «Ah».

Soy yo quien rompe el silencio.

—¿Llegó a hacérselo?

—¿Hacerme qué?

—El tatuaje en el tobillo que me dijo antes.

Germanio sonrío solo con la mitad izquierda de la cara aunque con un punto de picardía en la mirada: ironía y melancolía.

—Naturalmente. Muy finito, como una cadenilla en el tobillo izquierdo. Es lo más parecido a la eternidad que conozco.

—¿¡En serio!? No me lo imaginaba en usted.

—Yo ya no soy militar. Ahora soy jipi.

—Pero con todo y con eso.

—¿Quiere que se lo enseñe?

—No, no hace falta. Le creo.

Una brasa de satisfacción brilla ahora en los ojos de Germanio.

—Y dígame, ¿existió realmente el coronel Esparza?

—Por supuesto.

—¿Y le conoció usted?

—Y usted también.

—¿Yo? Pero si cuando hice la mili, mis mandos más próximos eran los suboficiales. En Aviación, eso sí.

—El coronel Esparza soy yo.

—¿Llegó usted a coronel?

—No, no, yo me jubilé de comandante, y gracias.

Quizá todo sucedió tal como lo imagino, y por eso es lógico que al día siguiente hiciera por ver a los acróbatas del Parque de la Paloma o simplemente paseara por el estanque.

—Es así como yo me veía a mí mismo —continúa mi compañero casual— en el caso de que hubiera llegado a coronel: retirando el crucifijo de mi despacho. No podía más. Malos fueron los años de San Javier. Mucho peor que malos. Pero los que vinieron luego no les fueron muy a la zaga: mayor libertad de movimientos físicos, eso sí; pero la misma impotencia psicológica. Casi peor quizá en ese sentido, porque según pasaban los años y vagabundeaba por diferentes destinos, mucho menores eran las posibilidades de que aquello fuera a cambiar para mejor.

—Pero todo aquello ya ha pasado, Germanio ¿Me permite que le llame por su nombre de pila?

—Claro que sí. ¿Ha pasado realmente todo aquello, Helio? ¿Me permite que le llame por su nombre de pila?

—Todo eso es pasado y ahora tiene usted otra vida completamente diferente.

—¿En qué es diferente mi vida de ahora? ¿En que puedo viajar sin tener que pedir permiso a nadie?

—Bueno, sí, a eso y a otras muchas opciones. Ahora puede hacer lo que quiera. ¿Por qué no se apunta a algo creativo, a algo que a usted verdaderamente le guste?

—Déjelo.

En su voz se perciben claramente los estiletos de la pena.

—¿Qué es lo que verdaderamente le gustaría hacer?

—¿A mí? Ya nada. Deprimirme a mis anchas. Mira, eso sí que me apetece.

Con su acróbata seguro que Selenia se pasaría la mañana meándose de la risa.

—Tiene que cambiar ese chip.

—Y usted tiene que prometerme algo.

—Depende.

—Tiene que prometerme que nunca imprimirá nada de esta conversación en sus papeles harakiris.

—¿Por si se autodestruyen?

—Todo lo contrario: por si no se autodestruyen.

¿Y si yo me decidiera a buscar a Selenia? Claro que, de ella solo conozco el nombre.

—Y vamos ya, señoras y señores, a realizar el tercer ejercicio del viaje —nos vuelve a interrumpir Estroncio Kolmenares, con K—. Recuerden que estamos realizando una campaña promocional y que todo esto no es nada más que un aperitivo que ustedes podrán convertir en un auténtico banquete en la Sala Elíptica. ¿Preparados

para el siguiente desafío? ¡Muy bien! Observen que han aparecido cinco números en los monitores del autobús.

Así es: 32, 15, 9, 68 y 53, para ser más precisos.

—De lo que se trata es de que los ordenen de menor a mayor. Para ello, por favor, se ruega la máxima honestidad y que nadie se fije en el papel de la vecina o el vecino. Esto no es ningún examen. Nadie va a tener que repetir viaje si lo hace mal y por ello les pedimos la mayor seriedad posible, porque la vivencia consiste en aunar las vibraciones positivas de todos nosotros en una determinada dirección. Repito, pues, la pregunta: Ordenen los números que aparecen en el monitor de menor a mayor. ¿Tienen todos papel y lápiz?

—Yo no.

—¿Me puede dejar uno?

—Claro que sí —concede Estroncio—. ¿Pueden pasarles estos papeles y estos lapiceros a esas dos personas? ¿Preparados ya todos? Les dejo, entonces, unos minutos para que cada uno polarice su energía en la dirección correcta. Dejen que fluya su intuición y una vez cumplimentado el ejercicio, por favor, den la vuelta al papel hasta que yo indique lo contrario.

Transcurren unos minutos durante los cuales los viajeros realizan sus anotaciones.

—¿Falta alguien por terminar? ¿Finalizados todos? Ahora giren el papel y comprueben que cada uno ha escrito lo siguiente: 9, 15, 32, 53 y 68. ¿Es así? ¿Es ese el resultado en todos los papeles? ¿Alguien ha ordenado los números de manera diferente? ¿No? ¡Eso es la prestidigitación cuántica!! ¿Qué he hecho yo? Yo no he hecho nada. Yo soy apenas un indagador de posibilidades. ¡Han sido ustedes, señoras y caballeros, quienes han volcado toda su energía positiva para que los resultados fueran coincidentes y además correctos! ¡La magia está en ustedes! ¡Ustedes son los verdaderos prestidigitadores cuánticos!!

—¡Atlético!
—¡Balompédico!
—¡Champiónico!
Etc.

Los poetas no salen de su arrebató deportivo.

—Para premiar su actitud —continúa Estroncio—, una vez que lleguemos a Medina les entregaré un folleto explicativo de nuestra ubicación, actividades, horarios, precios, perfiles de los magos, redes sociales, etc. No se olviden de llevarlos consigo cuando visiten la Sala Elíptica, puesto que mostrando estos panfletos en la entrada tienen derecho a un número de magia gratis. Por mi parte, no me queda nada más que agradecer su inmejorable predisposición, espero que estos ejemplos hayan sido de su agrado y recuerden que ¡¡Magia son ustedes!!

Clamor generalizado en el habitáculo de la guagua, que fagocita los rapsódicos epítetos:

—¡Esto es una pasada!
—¡Órdago a la grande!
—¡Si mi bici tuviera tres ruedas, no sería una bici, sino un triciclo!

Continúan los cuchicheos entre los pasajeros, pero amainando en el volumen poco a poco.

—Yo sé cuál es el secreto —me confirma Germanio cuando ya parece que se puede mantener una conversación normal— de la ordenación de los números de menor a mayor, pero no quiero estropearles el negocio.

—¿Qué es la vida para usted? —inquiero de sopetón.

—Una cadena de insatisfacciones, por supuesto, dicho sea «cadena» en sentido literal, como la canción de Juan Bau: «Penas son del hombre las cadenas». ¡Qué tiempos aquellos! Pero, ¿ve? Ahí empezaron ya las insatisfacciones: con la hepatitis de ¿cómo se llamaba? Bueno, da igual. Con esa hepatitis y con el posterior

cambio de instituto. Ni el *panta rei* de Heráclito, ni el *panta menei* de Parménides: todo se desvanece. La vida es, ¿cómo le diría yo? La vida es como dejar unos pantalones en el mar y esperar que se sequen: siempre en el agua y siempre deseando que estén secos para plancharlos y volver a ponérselos. Por cierto, ¿con cuántas insatisfacciones convive usted?

—Con algunas, como todo el mundo. De hecho, probablemente más de las que usted imagina.

—Bueno, bueno, si yo era para facilitar el mensaje. ¿Sabes qué significa exactamente la vejez? —me pregunta Germanio a boca de jarro.

Ha relajado el tratamiento.

—Dime.

—Pues la vejez es, por utilizar un ejemplo cotidiano, como los atascos que se producen todos los lunes a primera hora de la mañana en Medina, sobre todo si llueve, no por más esperados, menos evitables. Una sensación oscura y espesa. Una especie de impotencia predeterminada. Como las colas en los supermercados o el *overbooking* en los hoteles.

—O como un tique de vuelo *low cost*.

—Exacto. La resignación, efectivamente. A nadie nos gusta viajar con las restricciones, la ramplonería y entre las estrecheces de una *low cost*, pero no tenemos más remedio. Veo que me comprendes. Eso me gusta.

—Sí, sí, claro que veo por dónde vas, pero yo pienso que la vejez empieza cuando se pierden las ganas de meterse en nuevos berenjenales.

—¿Como qué?

—Da igual, en realidad. La madurez consiste en mantener alicientes, pero cuando se pierden las ganas de emprender nuevas actividades, sean del tipo que sean, la madurez ya no es madurez, sino vejez.

—Sería bello, y creo que en una época de mi vida fue así, pero ahora mismo me da una pereza enorme investigar otros alicientes. Los bajones desilusionantes de las empresas en las que me he embarcado han sido siempre muy superiores a los buenos augurios con que se iniciaron.

—Sin embargo, no eres tan viejo. Yo no te echo más de cincuenta.

—Gracias. Tengo sesenta y uno, exactamente, desde el pasado mes de julio. ¿Y tú? Tú eres más joven, ¿verdad?

—Un poquillo, pero no mucho. Apenas un par de años.

—¿Y qué piensas que te traerá la vida de aquí en adelante? No te hagas grandes ilusiones, ya te lo adelanto. Hazme caso, que soy mayor.

—Una casa en Torrevieja, como a todos los españoles.

—Menos sarcasmos. Además esa respuesta era —es— muy de Selenia.

—Caramba.

—Un error más, pero yo me reconozco en mis errores. Me gusta que así sea.

—¿Reconocerse o equivocarse?

—Ambas.

—¿Más allá del bien y del mal, por lo tanto?

—No, más allá, no. Simplemente a un lado.

—Estás negándote a ti mismo.

—Es obvio. ¿De qué va esta charla si no?

—¿No te parece que estás demasiado centrado en ti mismo?

—Por supuesto. ¿Qué te habías pensado? Como todos los depresivos, que somos los mayores egoístas del mundo.

—Quizá.

—Créeme que lo mejor que pude hacer por Selenia fue terminar todo cuando apenas había empezado. Bueno, que no había empezado, realmente. Si yo tuviera una hija, bajo ningún

concepto querría que diera con un hombre como yo.

—Qué sé yo.

—No tenía nada que ofrecerle. Ni ilusiones, ni alegría, ni proyectos de vida en común, ni visión de la pareja, ni nada. ¿O es que me ves como la alegría de la huerta? Yo ya lo único que le pido a la vida es darle un homenaje al gusanito de vez en cuando, y para eso las putas van muy bien. Mis putas, que no son tristes, sino alegres: realmente el único triste soy yo. ¿Y sabes qué?

—Dime.

—Estoy convencido de que en el último instante lo único que recordaremos serán los polvos que hemos echado.

—¿Y si no fuera así?

—En ese caso, ni siquiera la muerte tendría sentido.

—¿Tampoco te motiva ya la literatura?

—¿La literatura? No me hagas reír, por favor. La literatura, el arte, en general, eso sí que es una sucesión infinita de insatisfacciones. Todos los que nos movemos por esos lares no hacemos más que anhelar lo inasible, lo que siempre se escapa. La literatura, que es lo que mejor conozco, lo único que conozco, en realidad, puede ser la más exigente y la más angustiada de las actividades del hombre. La peor esclavitud revestida por los laureles de no sé qué. ¿Pero qué podría hacer, si apenas sirvo para eso? ¿Leer el futuro en un programa de televisión?

—Intenta verlo todo de otra manera.

—Qué más da.

—No seré yo quien considere al amor como un sentimiento sólido, desde luego. De hecho, pienso que el verdadero problema de las relaciones humanas es que intentamos prolongarlas contra natura, pero, al menos, mientras duran hay que disfrutarlas y darles una oportunidad. Yo también he tenido mis historias traumáticas. ¿Quieres que te cuente alguna?

—Sí es que en vez de andarse con zarandajas e inventar un

chip de papeles autodestruibles, que yo no sé para qué sirve esa chorrada, si total con tirarlos a la papelera es suficiente, y no te lo tomes a mal, deberíais haber perfeccionado la fórmula secreta del tinto de verano, que eso sí que vale para algo.

—Al final te saldrás con la tuya.

—¿A qué te refieres?

—A lo de deprimirte a tus anchas.

—No pasa nada.

—Sí pasa, pero bueno.

—Mientras tanto, habrá que seguir tirando.

—No queda otra.

—Como sea.

—Es lo que hay.

Estamos llegando a Medina y observo que Germanio busca algo con la mirada. Es obvio que espera que vuelva a ponerse en pie la joven con aspecto extranjero y la braguita de tanga. Querrá despedirse a su manera.

El autobús se detiene en la cochera.

Los poetas de las dos primeras filas abandonan el vehículo en medio de una jocosa algarabía con gran aparato gesticular.

—¡Propongo que nos lo montemos por endechas para celebrar nuestra llegada a Medina! —propone uno de ellos para celebrar la llegada a Medina.

—¡Luminoso!

—¡Diamantino!

—¿Podemos utilizar nenúfares?

—¡Qué caídas tienes!

—¡Por supuesto!

—¿Y ninfas del bosque?

—¡Y ninfas del bosque!

Han descendido ya todos y se dirigen a la salida de la estación. Todavía se les oye jalearse mutuamente.

—¡Inmarcesible!

—¡Heliogábalo!

—¡Epidural!

Advierto en Germanio el inconfundible ademán de disponerse a bajar.

—¿No te bajas? —me pregunta—. Creí entender que venías también a Medina.

Pero hace tiempo que he notado una impertinente resistencia en el cierre del cinturón de seguridad. Con mayor precisión, desde que decidí ponerme un poco más cómodo tras la parada en Guarromán.

—No puedo —respondo.

—¿Que no puedes? ¿Y eso? ¿Te has subido sin pagar y no quieres que te pillen?

Al menos estoy en el asiento de la ventanilla y no entorpezco la salida de Germanio.

—No se desengancha el cinturón.

—Ahí va. Eso sí que no lo había oído yo nunca. Deja que te ayude. Mucho papel autodestruible, pero de cinturones de seguridad andamos un poco verdes.

—¡Bueno, señores, que no tenemos todo el día! Hay que seguir el viaje —el conductor del autobús se impacienta.

—No se abre el cinturón —me defiendo.

—Bueno, ya si eso lo miro cuando regresemos. Ahora tenemos que continuar la ruta.

Se acerca el mago y examina la situación.

—Usted me va a perdonar, pero esto cae fuera del ámbito de mi especialidad, puesto que es una cuestión de escapismo puro y no tiene nada que ver con la prestidigitación cuántica.

—Pero —discrepo.

—Créame que lo siento —continúa—, pero hay que repartir estos folletos. De todos modos, consultaré su caso con otros

compañeros. Adiós, adiós, caballero. Que continúe bien su viaje.

—Pero —discrepo.

Baja a la puerta del autobús y entrega unos trípticos a los pasajeros salientes.

—Y recuerden que presentando este papel en la entrada tienen derecho a un número de magia gratis —promociona su negocio el ilusionista.

—Yo también me tengo que bajar, Helio —se disculpa Germanio—, que no me espera nadie y no quiero decepcionarles.

—Bueno, no te preocupes. Yo me he encontrado con un viaje gratis ida y vuelta a Algeciras —intento consolarme.

Qué tontería, ¿no? A mí nunca me había sucedido nada parecido. Si acaso, engancharme el jersey de lana en algún saliente de algo, pero esto del cinturón de seguridad es totalmente novedoso para mí. Mira que si a partir de aquí podemos patentar algo en mi empresa. Hay que joderse

—No, si bien mirado. Igual volvemos a coincidir en otro viaje.

O quizá que se me haga un nudo extraño en los cordones de los zapatos que luego no sea capaz de desenredar. Experiencias totalmente cotidianas, carpetovetónicas en el argot de los poetas, los pobres, que no tienen más remedio que inscribirse como sea en alguna cuadrilla estética si quieren alcanzar el pináculo de la fama: se ve cada cosa en el sector de los papeles autodestructibles.

—Venga, cuídate, Germanio. Y deja ya de ver películas de José Sacristán.

Desciende.

—¡Vamos, que nos vamos! —anuncia la reanudación del viaje el conductor.

Arranca el autocar.

Conmigo dentro.

Y los pocos viajeros que continúan el trayecto hasta Algeciras.

—¡Oiga! —protesto— ¡Que yo me bajo aquí! —inútilmente.

CAPÍTULO II

DE LO QUE NO PUEDE SER Y ADEMÁS ES IMPOSIBLE, COMO DIJO EL TORERO

Estamos en la estación de autobuses de Algeciras y ya se han bajado todos los pasajeros menos yo, obviamente, que sigo anclado a los dispositivos de seguridad convencionales.

—Bueno, pues aquí nos quedamos —me informa el conductor.

—Yo pensé que regresábamos a Medina una vez finalizada la ruta.

—Eso era antes, amigo, pero ahora no se puede con los nuevos reglamentos de seguridad vial.

—Comprendo.

—No puedo pasarme de horas de conducción. Está muy seria la cosa.

—Algo he oído.

—Pero yo le desatasco, hablamos con los de la compañía y regresa usted a Medina en otro autobús, ¿vale?

—Por mí encantado.

—Vamos a echarle una ojeadita a ese cierre. Por cierto, mi nombre es Mercurio. ¿Le importa que nos tuteemos? Es que me resulta muy incómodo el usted para liberar presillas.

—Claro. No hay ningún problema. Yo me llamo Helio. Encantado.

—Encantado.

Es un hombre algo más joven que yo y más grueso. Fuerte,

como se dice ahora. No se dan las circunstancias, pero siento curiosidad por preguntarle si algún día ha contado el número total de kilómetros que ha conducido en su vida. No me sorprendería lo más mínimo que hubiera dado varias veces la vuelta al mundo solo con el trayecto Algeciras-Madrid y vuelta.

Empieza a manotear en la presilla roja, donde se supone que se acciona para liberar el cinturón de seguridad. Básicamente, lo mismo que ya había yo hecho. Con el mismo resultado. El mismo frustrante resultado.

—Uy, pues eso van a ser los cojinetes —se lamenta Mercurio.

—¿Y eso es muy complicado de solucionar?

—No es que sea complicado o que deje de serlo, es que para tocar los cojinetes hace falta la autorización del perito de la compañía de seguros y hoy ya, a la hora que es, no creo que dé tiempo.

—¿No le pueden decir que es urgente, que hay una persona aquí atrapada?

—Bueno, bueno, eso ninguno de los dos estamos capacitados para valorar la urgencia, salvo que seas perito de alguna compañía de seguros. Yo, desde luego, no lo soy.

—Ni yo tampoco. ¿Entonces?

—Pues nada, yo doy el parte a la compañía y ya mañana o pasado, como muy tarde, se pasará el perito por aquí a ver qué nos dice. No si ya sabía yo que tenía que ocurrir algo de esto. Si es que no me hacen caso cuando les comento que este autobús ya no, caramba, que ya no tiene la frescura que le caracterizaba cuando entró en servicio. Pero yo esto me lo estaba oliendo. Vaya que si me lo estaba oliendo.

—¿Pero cómo voy a estar aquí hasta mañana o pasado que el perito de la compañía de seguros se digne hacernos una visita?

—Yo me limito a cumplir con las órdenes de la compañía. No podemos hacer nada con los cojinetes, porque si no luego el seguro

no cubre los desperfectos.

—¿No tienes unas tijeras?

—¿Para qué?

—Unas tijeras grandes para cortar el cinturón y listo.

—¿Pero tú estás loco, Helio? Y perdona la confianza. ¿Pero tú sabes el lío en que nos podemos meter con la Guardia Civil? Es que nos ponen un multón del carajo, vaya. Es que nos *sierran* el *negosio*. Además, que un autobús con un cinturón de seguridad cortado no pasa la ITV en la vida, y si ya le cuesta a este autocar pasarla en condiciones normales, imagínate con un cinturón de seguridad cortado.

—Bueno, pero este cinturón, una vez cortado y yo libre, se podrá sustituir por otro, vaya. Me parece a mí, no sé.

—Que no, Helio, que no, que no puede ser, no insistas, que me pones en un compromiso.

—¿Entonces?

—Ya te lo he dicho. Tenemos que esperar a que mañana o pasado, a lo más tardar, se pase el perito de la compañía de seguros por aquí.

—Quiero decir que ¿qué pasa conmigo?

—Ah, bueno, tú te quedas aquí tan ricamente. Hasta pasado mañana no vuelve a tener servicio este autobús, así que puedes pasar un par de días de descanso. ¡Vacaciones gratis!

—¿Pero cómo me voy a quedar yo aquí dos días? Eso es absurdo.

—Pues a mí me parece lo más normal del mundo, habida cuenta de las circunstancias, por supuesto.

—¿Y para la comida? ¿Cómo me apaño para la comida y para hacer mis necesidades?

—Por la comida no te apures, que la empresa no te va a dejar tirado. Ya nos organizaremos entre todos para que no pases hambre. Y en cuanto a tus necesidades, tampoco tienes que preocuparte,

porque el kit de primeros auxilios viene equipado con una cuña de las que se usan en los hospitales cuando uno no puede valerse por sí mismo para ir al cuarto de baño. El autobús está equipado con cuarto de baño, pero, claro, está ubicado tres filas detrás de la tuya. Es una pena, pero ya verás como lo de la cuña te encanta. Espera un momento.

Regresa al poco rato con un artilugio de plástico en la mano.

—Mira, qué preciosidad —se ufana— y sin estrenar, porque gracias a Dios este coche es viejo, pero no hemos tenido ni un mal roce hasta ahora.

—Salvo lo mío, por supuesto.

—Pero lo tuyo es *peccata minuta*, hombre, que te ahogas en un vaso de agua. Venga, dime cómo es tu maleta, que la deposito en consigna antes de que cierren.

—Negra y naranja de no sé qué marca. Si además será la única que quede ya en el portaequipajes.

—Voy a por ella ahora mismo, que ya te digo que nos cierran la consigna.

Se va y yo no dejo de pensar que, más o menos, a la altura de Ocaña se me acabó la batería del móvil y que el cargador está en la maleta.

Regresa Mercurio con expresión de disgusto.

—Tengo que darte una mala noticia, Helio.

—Dime, Mercurio. ¿Se ha roto la maleta, porque ya era lo único que me faltaba?

—Mucho peor: el portaequipajes está vacío.

—¿¡Cómo!?

—Lo que te digo.

—¿Entonces?

—Siempre con la misma pregunta. ¿No tienes otra, hombre? No te preocupes, porque todos los autobuses, incluso este, que no es precisamente un niño, están equipados con un servicio de video-

vigilancia para prevenir estas contingencias.

—Prevenir ya no, porque mi maleta ha desaparecido.

—Bueno, pero así podremos saber quién se la ha llevado y le pasamos la grabación a la policía. Hasta mañana no podemos descargar el vídeo y luego ya lo que tarde la policía en hacer sus pesquisas, si es que hace algo, porque no quiero preocuparte, pero ahora mismo no se están ocupando de estos pequeños hurtos.

—Pequeños para ellos, ¿pero qué ropa me voy a poner yo ahora?

—Por eso no te agobies, porque ya nos organizamos entre todos para que nunca te falte una muda limpia. Además de camisas, pantalones, etcétera, por supuesto.

—¿Entonces?

—Y dale. Pues eso, que tú te quedas aquí como un señor y ya mañana o pasado será otro día. Por cierto, no sé si... —y pulsa un resorte medio escondido que deja mi asiento en posición casi horizontal—. Es para que duermas mejor. Muy pocos pasajeros conocen ese botón. Antes se usaba mucho en los trayectos nocturnos, pero ahora mismo la compañía prefiere que este autobús solo viaje de día. Para incorporarte nada más tienes que pulsar aquí —me muestra dónde—. Y yo ya me tengo que ir.

—¿Vives en Algeciras?

—No, yo soy de Medina. Tengo allí a la parienta. Mira qué guapa era —me muestra una foto de una chica joven vestida a la moda de los ochenta con grandes refuerzos en los hombros: la verdad es que parece un abrigo de su hermana mayor—. Que vamos a ver, que no es que ahora no sea guapa, que quien tuvo, retuvo, efectivamente, pero que ya no es lo mismo. Además, el último embarazo y, sobre todo, el parto la dejó para el arrastre.

—¿Te quedas en alguna pensión?

—No hace falta. Tengo familia aquí. Así aprovecho para visitarles. Ah, y no te preocupes de nada, que yo hablo con los

de seguridad y les dejo dicho que te traigan la cena esta noche y el desayuno mañana. Mira aquí llega Antimonio —se acerca una persona con indumentaria de ejército tropical—. Se estaría preguntando cómo es que no había salido todavía. Lo tienen todo controlado. Una maravilla. Bueno, venga, hasta la vista, que igual no volvemos a vernos porque esto se solucionará mañana o pasado y regresarás a Medina en otro autobús. Tú no te preocupes de nada, que ya la empresa se encarga de todo. Si nos vemos, estupendo. Y si no, pues mucha suerte.

—Gracias. Mucha suerte también para ti.

Y se va. Le oigo charlar con el guardia de seguridad, que no parece sorprenderse demasiado cuando Mercurio le pone al día de lo sucedido.

—Pues nada —escucho al conductor decir a Antimonio—, esta noche si te aburres ya tienes con quién entretenerte. Hasta otra, tío.

—Hasta otra, *pisha*.

Mercurio se ha ido de la estación de autobuses y solo me queda la mirada de perro viejo de Antimonio al otro lado del cristal.

Con las limitaciones propias de la situación, procuro acurrucarme lo más posible para huir de esos ojos ladinos.

Y pienso en la conversación mantenida con Germanio, que he intuido que se trata de una persona eternamente traumatizada. Me pregunto cómo será esa historia del coronel Esparza, que ya tiene escrita, pero no parece muy por la labor de compartirla. Apenas sugerirla.

Quizá se inicie de esta manera o algo parecido:

Cuando el coronel Esparza ocupó su nuevo despacho, lo primero que hizo, no sin cierto atisbo de ceremonia, fue retirar de la pared el crucifijo que presidía la estancia —justo enfrente del retrato del rey— y llamó al ayudante:

—*Reinosa, devuelva esto al capellán.*

El teniente Reinosa —militar veterano de ninguna guerra, experto en ardidés cuarteleros y catedrático en gramática parda— tardó algo en reaccionar. Hasta donde alcanzaba su memoria, que no su juicio, en los casi cuarenta años de servicio, no había oído nada semejante:

—*¿Que retire el crucifijo, mi coronel?*

—*Eso he dicho, Reinosa.*

Más o menos, ya digo. Es lo que me ha dado por fantasear en este momento en que ni el crucifijo del coronel Esparza, ni la presión del cinturón de seguridad me permiten más movimientos que los que alcanza la imaginación.

¿Y la historia con Selenia? ¿Verdaderamente hace falta amor, lo que se conoce vulgarmente como amor, para mantener una relación? ¿Por qué sustentar las aspiraciones de estabilidad sobre algo tan inestable como los sentimientos? Intimidación y complicidad, ¿para qué más? Esos sí que me parecen valores más firmes. Sentirse a gusto, hacer planes, disfrutar un poquito mutuamente. Que nos quede siempre, o casi siempre, un regustillo agradable tras cada encuentro y las ganas de que haya otra vez, sin que los proyectos vayan más allá de esa previsible próxima ocasión.

O quizá es que yo he sido congénitamente inconstante para todo. Por eso nunca escribiré una buena novela. Por la falta de constancia. O, mejor aún: la escribiré sobre el papel autodestruible que fabricamos en mi compañía para que no dure ni dos segundos viva. Porque eso es una verdad como un templo de grande: una vez superada la curiosidad inicial, cualquier persona a mi lado me resulta insoportablemente cargante. O si no, los viajes en pareja, las pocas veces que he cometido semejante majadería, puesto que a la fatiga propia que impone el estar fuera de tu contexto habitual se añade el agotador esfuerzo de una negociación interminable para aprovechar

al máximo la estancia en una ciudad diferente, cada uno con su particular criterio, por supuesto.

¿Qué pensarán mañana en la oficina cuando no me vean? Porque no puedo avisar a nadie: estoy sin batería en el móvil y no me sé ningún número de memoria, salvo el fijo, pero para eso tenemos que esperar a mañana, que haya alguien para contestar. Le pediré a Mercurio, que parece noblote, que me deje su móvil o que llame desde algún fijo para no hacer gasto tontamente. La verdad es que ahora mismo no tenemos ningún proyecto entre manos que reclame de manera imperiosa mi presencia, pero, caramba, si soy uno de los socios, se supone que es, al menos, para que me deje caer por allí.

¿Tan mala es la soledad? Porque yo llevo aquí un ratito que ya empieza a ser largo a solas conmigo mismo, por no hablar del resto de mi vida, y todavía no me han salido ni ronchas, ni urticaria, ni nada por el estilo. Envejecer junto a otra persona, ¿para qué? ¿Para compartir los análisis del ácido úrico y la fórmula leucocitaria? Conocí una vez un matrimonio de poetas, dos chicos homosexuales, cuya principal actividad consistía en limar endecasílabos. No si al final va a tener razón Germanio con su misantropía rampante. A mí me da que este hombre nunca se ha sentido acogido por la sociedad y, en justa correspondencia, él nunca ha acogido a la sociedad dentro de sí. Tengo que enterarme de cuándo se incorporó como cadete en San Javier. Porque igual volvemos a coincidir en algún viaje si ambos vamos a Madrid con relativa regularidad. Pero, vamos, que eso será en avión, en tren, en bla bla car o en lo que sea, menos en autobús. Incluso en barco para ir a Madrid si hace falta, o reinterpretando la ruta mozárabe hasta Santiago de Compostela para inventarme un camino que pase por una ciudad que no era nada, vamos que ni existía, en la Edad Media. Esto lo tiene que saber muy bien Germanio, que Madrid tiene más geografía, pero Alcalá mucha más Historia. Pero anda que voy a volver a subir yo a un cacharrete de estos en cuanto salga de aquí. Ni mijita. Puede que para otros viajes, pero el

Medina-Madrid, y viceversa, no lo vuelvo a hacer yo en guagua ni aunque fuera el viajero doce millones trescientos cuarenta y cinco mil setecientos veintisiete y el viajero doce millones trescientos cuarenta y cinco mil setecientos veintisiete tuviera premio, porque ese número coincide con el de la suerte según una carta astral que le han hecho al presidente de la empresa. Que no, que no y que no. Me parece lógico, vaya. No creo que nadie me pueda pedir que vuelva a pasar por el traguito de un cinturón de seguridad que no se abre en el peor momento posible.

Pero a Selenia sí que haría por verla, aunque no fuera nada más que para tomar un café. Me intriga, no sé. Con su apartamento en Arroyo de la Miel y sus gustos alternativos. Claro que quizá el hacerme pasar por amigo de Germanio no sea la mejor tarjeta de presentación. ¿Cómo prepararía el encuentro al que este hombre no asistió? Con música de Leonard Cohen, probablemente. Me ha dado por pensar que no es de esas mujeres muy amiga de sus amigos, que al principio es un poco tímida, pero luego se abre y se pirra por una buena cena a la luz de las velas. Quiero pensar que se trata más bien de una neo-jipi con un hermano *hipster*, pero esto ya no es culpa suya.

Un poquito de emoción sí que había en la voz de Germanio al hablar de ella. O puede que sea la resaca por la certidumbre de las ocasiones perdidas. El cuento de nunca acabar. Ya se sabe.

Pero él ahora está en Medina como un señor y yo pasando la noche en la estación de autobuses de Algeciras, que no la conocía ni en fotografía. Y tampoco la voy a conocer mucho hoy. Ni mañana o pasado cuando me suelten. Me va a faltar tiempo para subirme a lo primero que pille para salir de aquí, sea a donde sea, y si es en autobús, como será lo más probable, que sea de los que permita ir de pie. Tan solo puedo conocer ahora hasta donde alcanza la vista en los andenes semivacíos. He contado cuatro autobuses además del «mío» en el ecosistema que me rodea. ¿Tendrán todos bicho dentro o ese honor me queda reservado a mí en exclusiva? Un misterio.

Algo de esto debería haberme imaginado el año pasado cuando lo del viaje por Almería y Cabo de Gata, que no es que me fuera mal. A mi manera yo me lo pasé bien, pero no era el viaje soñado, sobre todo porque el autobús no llega a los rincones que a uno le hubiera gustado visitar, es decir, los comprendidos entre San José y Agua Amarga. Ciertamente yo no esperaba un despliegue fascinante de posibilidades para llegar a Los Escullos, La Negra o la Isleta del Moro, pero no sé, algo. Creo que no es tanto pedir: un par de autobuses de ida y otro par de vuelta. Incluso aunque fuera uno solo en cada sentido, pero a una hora decente. Pero que si quieres arroz, Catalina: ni decente, ni indecente, que no hay, vaya, que no puede ser y lo que no puede ser, no puede ser y además es imposible, como dijo el torero. Por cierto, ¿qué torero? Si me funcionara el móvil podría *googlearlo*.

No me pareció normal, por ejemplo, que para ir de Mojácar a San José, y menos mal que algo hay a San José, que está unos setenta kilómetros al sur, haya que subir hasta Vera, un poco más al norte, bajar luego hasta Almería capital, mucho más al sur, y volver a subir hasta San José. Y no estamos hablando de San José de Costa Rica, sino de San José, una pedanía, importante, pero pedanía, de Níjar (Almería), que casi hubiera tardado menos en cruzar el Atlántico. En barco no, pero en avión, seguro, porque me pasé todo el día en autobús. Pero si hasta tuve tiempo de tomarme unas cervezas y unas tapillas en un bar de la parte histórica de Almería. Y no dormí la siesta en la terminal de autobuses, porque no encontré ningún rincón cómodo, pero podía haberla dormido, incluso merendado después en lo que esperaba el bus a San José. Cuatro autocares en total, porque para ir de Mojácar pueblo, por donde solo pasan servicios urbanos, hay que coger uno de estos hasta la costa, que es por donde circulan los interurbanos hasta *Saint Joe*. Bueno, circular es casi un eufemismo: no puedo decir en sentido propio que no haya autobuses de Mojácar a Carboneras, porque hay dos al día, pero el

último pasa a las nueve y media de la mañana. De ahí que tuviera que retroceder hasta Vera y montar todo el galimatías de rutas arriba sugerido, con siesta frustrada en la estación intermodal de Almería capital.

Y todo eso no sucede porque sí. Todo eso tiene un significado, que yo no supe ver en su momento y que ahora me parece evidente: las circunstancias me estaban previniendo contra los viajes en autobús, pero yo hice oídos sordos. Y así me veo ahora. Amarrado a la dura butaca de un servicio de línea en dique seco. Habrá que tomárselo con filosofía. Intentar, no sé, una justificación cartesiana o aunque no sea nada más que un proceso de conocimiento personal. Nada sucede porque sí. Las cosas nos avisan de los peligros. Vaya que si nos avisan. Ahí tenemos, por ejemplo, a las audioguías de los museos, que sin duda es el ejemplo más sencillo. Otra cosa es que estemos dispuestos a escucharlas, como estoy lamentando yo ahora, demasiado tarde, quizá. Prometo que no volverá a suceder y que si salgo de esta jamás de los jamases volveré a rechazar una audioguía en cualquier exposición, permanente o temporal, que la ofrezcan. Ya ves tú, si para un euro o poco más que te cuesta y la cantidad de problemas que nos ahorramos.

Para más inri, va Termodinámica y gana la Eurocopa. ¿Pero dónde se ha visto que Termodinámica gane nada? Que no es que tenga yo nada contra el país vecino, ojo, incluso me parece un país amistoso y visitable, pero por no ver a Grados Kelvin en pleno éxtasis lacrimógeno hubiera preferido que, ya que no había autobuses por la zona, tampoco hubiera habido señal de televisión. Mucho más práctica la segunda carencia que la primera.

Al menos en mi paso por Vera conocí la vida en una urbanización naturista. Una macro-urbanización naturista, si he de ser del todo sincero, donde la gente compra el pan, lee el periódico, riega las plantas, se sienta al caer la tarde en sillas, no de anea, lamentablemente, sino de playa, para criticar a los que pasan,

etcétera. Todo exactamente igual que en cualquier urbanización, solo que en pelotas. Y tan a gusto. Así te ahorras los comentarios sobre el dudoso gusto de tus camisas, y es que todos tenemos camisas de dudoso gusto, que cumplen una labor social muy importante: favorecer el normal desenvolvimiento de la inquina circundante. Si no fuera por las camisas de dudoso gusto, la gente tendría que criticar lo desgastado de tus pantalones, la inapropiada combinación de colores de tu indumentaria o las manchas de sobaquina. Pero en una urbanización naturista, toda esa argumentación carece de sentido, como es lógico.

A todo esto, ¿qué hora será ya? No debe ser muy temprano, desde luego, pero a mí me quitan el móvil y es como si se repitiera el incendio de la biblioteca de Alejandría, que pierdo lo más granado de mi saber.

Lo que sí estuvo muy bien, todavía en Vera, fue aquella mañana que me desperté a horas intempestivas, como casi todas las mañanas; por otro lado, si he de ser completamente sincero, con la sensación de que la del alba era, y como esa playa mira hacia el este, me levanté como si del astro rey se tratara y, en efecto, cuando llegué al mar, el sol estaba aún a medio salir, un poco difuminado por unas nubes cumplidoras celosas de su deber de estropear las vistas, pero lo suficientemente claro como para incluir esa vivencia en las etiquetadas como «Marco incomparable». Por cierto, ¿se seguirán haciendo los cursos de verano de la Universidad Internacional Menéndez Pelayo en el Palacio de la Magdalena o, como tantas aspiraciones quiméricas de los ochenta, habrá pasado a formar parte de los *top ten* visitables en las guías de turismo de cualquier viajero guay que quiera conocer la esencia de las entrañas patrias? Pero a lo que iba, que en aquel marco incomparable, cuando solo me acompañaba el tractor que limpia la arena al amanecer con su ruidito monocorde, me pegué el primer chapuzón de la temporada en posesión plena de mi desnudez más absoluta. ¿Es o no es una experiencia iniciática?

Pocos días después sucedería el ya mencionado episodio del trayecto entre Mojácar y San José, pero el desierto es bello, al menos en esa parte del mundo, y eso de alguna manera compensó por los sinsabores de unas líneas de autobús evanescentes. Y no es que los servicios de autobús no lleguen ni a la categoría de testimoniales, es que te puedes pasar horas y horas al abrigo de una marquesina enmohecida en lo que se supone que es una parada y allí tan solo ves óxido, pintura desgastada y, si por afortunado azar, valga la paradoja, hay algún horario de autobuses, de manera fragmentaria, por supuesto, no está actualizado, ni la información en las páginas web de cada una de las compañías allí operantes, que son unas cuantas, pero quizá cada cual con un solo vehículo y un único conductor. Se me ocurre a mí.

Todas esas cosas forman parte de la aventura, pero también quieren decir algo, que fue lo que yo entonces no supe ver y ahora comprendo, demasiado tarde, probablemente.

Me supo mal, ahora que me estoy confesando conmigo mismo, regatearle a una jipi el arreglo de un collar africano, comprado en África, además, pero que se me rompió durante esos días, si bien en este caso los hados de las cosas me fueron favorables, puesto que eso sucedió ya en San José en cuyo paseo marítimo al atardecer no es difícil descubrir artesanos de todo tipo. Tan providencial circunstancia permitió que no me resultara difícil localizar quién podía arreglarme el collar y no sé por qué motivo me pareció que yo estaba legitimado a regatear con la chica para una reparación que a todas luces requería tiempo. Al final le pagué lo que ella me pidió, pero aquel conato de rebaja en el precio me supo mal una vez que comprendí lo abusivo de la situación y me sigue sabiendo mal al recordarlo. Puede que por eso me imagine a Selenia dentro de una estética bohemia y quiera conocerla. Algo así como un mecanismo de reparación cósmica de las mezquindades cotidianas de cada cual. Empieza uno regateando cuando no debe y termina pasando la

noche en una cochera de Algeciras en simbiosis pura con el asiento que me tocó en suerte y bajo la atenta mirada de un guardia, porque Antimonio no me quita ojo según come pipas en el andén, que lo está poniendo todo perdido de cáscaras. Otra persona lo limpiará mañana, debe pensar.

Y mira que no paró de soplar un levante espantoso durante todo el tiempo que estuve en Almería y provincia. De hecho, raro fue el día que arriaron la bandera roja de prohibidos los baños. Cuando me bañé en cueros al amanecer, estaba más tranquila la cosa. Un poco fuertecillas las olas, pero apenas empezaba el día y el viento estaba aún amodorrado. Y yo debería habérmelo tomado como otra advertencia, no de Satanás, pero sí de la naturaleza o de la vida, si es que no son lo mismo, o simplemente de la fatalidad que quiso darme una oportunidad: «Mira, cuando viajas en autobús, todo te sale mal. No hace falta ser catedrático de Lógica para comprender cómo continúa el silogismo, caramba». Pero nadie escarmienta ni siquiera en cabeza propia.

Me pregunto si esta experiencia por la que estoy pasando, bloqueado por un cinturón de seguridad demasiado celoso de su deber, se habría desencadenado de haberme puesto esta mañana el *supradicto* collar africano, que ya no sé ni por dónde anda, dado que un mecanismo de defensa interno me ha hecho perderlo entre mis pertenencias para no volver a recordar el momento de la negociación económica con la chica jipi del paseo marítimo de San José. Hoy me he vuelto a acordar porque estas circunstancias en este autobús no me parecen normales y alguna explicación tengo que buscarle.

Pero luego para compensar, he de decir en mi descargo, señoría, que una vez regresado a Medina tras el periplo almeriense, le compré una pulsera de cuero a otro artesano de esta ciudad, concretamente en Pedregalejo, de donde vienen la Mari y Chambaio, por un precio manifiestamente superior al que le corresponde y sin rechistar. Como una catarsis.

Una buena catarsis de sueño me vendría bien ahora.
¿Cómo seguiría la historia del coronel Esparza?

A Reinosa le pareció que el hecho era lo suficientemente grave como para requerir su gestión directa y decidió hacerlo él mismo, sin enviar al gastador, como solía en los casos de recados. No tardó en reponerse, sin embargo: le resultaba bastante sencillo acomodar su voluntad a la de sus superiores, además le quedaban solo siete meses para pasar a la Reserva y consideraba que ya había hecho todo lo que tenía que hacer en la «mili». Por eso, cuando entró en las dependencias del Servicio Eclesiástico, su desconcierto inicial ya se había transformado en cierta sorna: calculaba el efecto que esta orden causaría en el capellán castrense, por quien no sentía especial simpatía:

—El coronel me ha dicho que le traiga esto, pater.

Pudiera ser. Pero me da a mí que el cerebro de Germanio es mucho más tortuoso.

Espero que eso me aleje un poquito de la celulosa auto-destructiva que fabricamos.

Y el sueño que ya parece que quiere venir.

Todavía recuerdo cuando los veranos nos parecían infinitos. De hecho, nuestro tiempo en la vida se empieza a contar a partir de que nos damos cuenta de la contingencia estival. Incluso nos parece ridículo que alguna vez hayamos pensado que ese calor duraba para siempre. Luego ya ni siquiera las noches son largas y nuestro tiempo sobando dura poco más que una mala siesta. Claro que, por otro lado, así descubrimos unas horas, las tres de la madrugada, las cuatro, que hasta ese momento permanecían vírgenes en nuestro recorrido vital. Quiero decir vírgenes en cuanto a que puedes hacer algo en ellas, porque alguna que otra juegucecita hasta las tantas, y hubo una época en que eran bastante numerosas, sí que hemos

conocido todos. Un recuerdo cada vez más remoto, cada día más aterido. Y esto último yo ya no sé si lo estoy pensando o si forma parte de mi periplo onírico.

Ni nunca podré saberlo, porque de ese estado de sopor vigilia-vela, o vela-vigilia, cada uno como prefiera, me sacan unos golpecitos en el hombro con algo que no tardo en comprobar que se trata de la porra de Antimonio manejada por el propio Antimonio, que sin duda esperaba mi dormición para hacer acto de presencia, al otro lado de ella.

—¿Tú que *hases* aquí, *pisha*? —me pregunta, lo que quizá en la jerga propia de la profesión signifique: ‘¿Puedo hacer algo por usted, caballero?’.

“Y luego te pasas todo el día durmiendo a salto de mata”, pienso mientras decido cuál es la mejor respuesta.

—Ya lo ves —contesto—. Intentando descabezar un sueñecito.

—Tú aquí no te puedes quedar. Esto no es un albergue.

—No estoy aquí por gusto, sino porque no me puedo soltar.

—Mira, yo tengo que dar mis vueltecitas rutinarias por los vehículos e informar mañana a la *dirección* de la empresa. Así que ya estás levantando el campamento y *ajuí*.

—Pues eso es lo que yo quiero, pero el cinturón de seguridad no me deja.

—Otro listillo, pero entre calé y calé no vale la buenaventura, ¿vale, *pisha*?

—¿No ha hablado contigo Mercurio?

—¿Quién es Mercurio? Yo no conozco ningún Mercurio.

—El conductor que ha traído este autocar.

—Yo no estoy aquí para hablar con los conductores.

—Pero yo te he visto hacerlo, según se iba hacia su casa.

—¿Te refieres a Bermúdez?

—No conozco sus apellidos.

—Bermúdez no es ningún conductor. Bermúdez es mi compa-

ñero de dominó en las partidas de los sábados por la tarde. Así que deja ya de hacerte el listillo.

—Comprendo.

—Y, entonces, ¿qué es lo que le pasa, según tú, al cinturón de seguridad? Si puede saberse, vaya. Y si no, *ajuí*.

—Al parecer se le han roto o estropeado los cojinetes. Eso es lo que ha dicho Mercurio, porque yo de mecánica automovilística no entiendo ni jota.

—¡Imposible!

—¿Imposible?

—Como suena, y lo que no puede ser no puede ser y además es imposible, como dijo el torero.

—Por cierto, ¿qué torero? Precisamente me lo estaba preguntando yo hace un rato.

—El Niño de La Puebla.

—¿El Niño de La Puebla? ¿Estás seguro?

—Por supuesto. ¿Algún problema?

—Es que no me suena que haya habido nunca ningún torero con ese nombre.

—¿Estás llamándome mentiroso?

—No, es que no me suena. Tampoco es que esté yo muy metido en el mundo de los toros.

—Otro listillo, pero por la boca muere el pez y en boca cerrada no entran moscas, ¿vale, *pisha*?

—Sí, sí. Yo te creo.

—Mira, estos vehículos vienen equipados con cojinetes de Luxemburgo y los luxemburgueses son unos fuera de serie para estas cosas. Los número uno mundiales en cuestiones de *sinturones* de seguridad.

—Eso es lo que me ha dicho el conductor.

—Tú te estás quedando conmigo, ¿verdad?

—Eso es lo que me han dicho, que yo no tengo ni idea de

mecánica.

—Otro listillo, pero de noche todos los gatos son pardos, ¿vale, *pisha*?

—¿Yo qué quieres que te diga? Yo te cuento lo que me han dicho. A ver si te figuras que para mí es plato de gusto pasar aquí la noche y lo que te rondaré morena, porque, al parecer, hasta que no venga el perito de la compañía de seguros no se puede hacer nada.

—Por cierto, y hablando de platos, también he venido para traerte la *sená*. Me lo han pedido en la taquilla antes de que cerraran—señala hacia el asiento de delante y me incorporo como puedo para ver una bandeja de las de autoservicio con algunas cosas encima.

—Si pudieras acercármela un poco más. Es que no llego.

—No te confundas, que yo no estoy aquí para ponerte la mesa.

—Perdona. Es que no alcanzo.

—Si querías pasar aquí la noche —finalmente, me acerca la cena con ademán distraído y la deja sobre el asiento vacío junto a mí—, deberías haberme avisado con *antelación sufisiente*.

—Lo siento.

—Digamos que con dos meses de *antelación*, como mínimo, para que sopesáramos tranquilamente los pros y los contras.

—No lo sabía.

—Pues que no se repita, *pisha*, porque a ver qué pongo yo ahora en el parte de *insidencias*.

—Pero es que yo soy el primer sorprendido de todo esto. No había nada planeado, de verdad.

—En un viaje como Dios manda hay que prever todos los imprevistos.

—La verdad, jamás imaginé una situación como esta.

—Hay que estar en todo, porque ahora, ¿qué hago yo contigo, *pisha*?

Se me ocurre decir “recalentar la cena, que ya se habrá

quedado fría”, pero no me parece que sea el momento para esas sutilezas.

—¿Qué tal si me desenganchas?

Tampoco le pediré que baje la basura, claro.

—¿Pero cómo quieres que te diga que esto no es cosa de los cojinetes?

—¿Entonces?

—A mí me da que esto va a ser cosa del radiador.

—¿Entonces?

—Pues que como sea eso, ya puedes ir pensando en echar raíces aquí, porque una semanita de *reparaciones* no te la quita nadie.

—Eso no puede ser. Yo tengo cosas que hacer.

—Otro listillo, pero la cera que va por delante es la que arde, ¿vale, *pisha*?

—No puedo estar aquí eternamente. Mercurio me ha dicho que mañana o pasado mañana, como muy tarde, una vez que pase por aquí el perito, ya podría marcharme.

—De eso no puedes fiarte.

—¿A qué te refieres?

—Pues que yo una vez tenía cita en el dentista a las seis de la tarde, *aparesí* por la consulta a las seis menos cuarto, pero hasta las ocho no me llamaron. Así que, por eso te digo.

—Espero que no se tratara de nada grave.

—Nada, un implante, que me cargué el molar número 25 *hasiendo* el burro en una fiesta.

—Lo siento.

—Voy a dejar pasarlo por esta y porque me has pillado de buenas, pero la próxima vez que quieras quedarte aquí tienes que pedirlo con *antelación*, ¿vale, *pisha*?

—Espero que no haya una próxima vez.

—Y se te *consederá* o no se te *consederá*.

—La próxima vez cojo el AVE.

—Eso ya son cosas tuyas. Dime: ¿cada cuánto tiempo se te atasca el *sinturón* de seguridad?

—Pero si a mí esto no me ha ocurrido nunca.

—Porque utilizarás mecanismos luxemburgueses. Ya te lo dije antes.

—Pues será por eso.

—Yo cada vez que cambio de coche, mucho más importante que saber el consumo de gasolina es saber si lleva o no *sinturones* de seguridad luxemburgueses. Tú no sabes cómo trabaja esa gente.

—Lo tendré en cuenta.

—Ya verás cómo me lo *agradeses* y vuelves por aquí un día para decirme: «Antimonio, tío, tenías toda la *rasón* del mundo».

—Y, dime, Antimonio, por cierto, yo me llamo Helio.

—Ya lo sabía.

—¿Que ya lo sabías? ¿Te lo ha dicho Mercurio?

—No puedo revelar mis fuentes.

—Bueno, pues eso, dime Antimonio, ¿cómo está la cosa por los demás autobuses? ¿Se queda aquí mucha gente en circunstancias parecidas a la mía?

—Yo no estoy aquí para vigilar los autobuses.

—Perdona, pero como te vi con este uniforme y con toda esa parafernalia de artículos de policía me pareció.

—Otro listillo, pero arrieritos somos y en el camino nos encontraremos, ¿vale, *pisha*?

—Sí, claro. Perdona.

—Bueno, que yo ya tengo que irme, que no tengo toda la noche para estar aquí contigo. La comida igual se te ha enfriado un poco, pero está buena de todas maneras.

—Muchas gracias.

—Y ya sabes, en nuestra página web encontrarás toda la información necesaria para pernoctar en las cocheras.

—Muchas gracias.

—Así que, *ajuí*.

—Buenas noches, Antimonio.

—Adiós, *pisha*.

—Perdona, una última cosa: ¿tú has visto, por casualidad, a alguien que saliera de la estación con una maleta negra y naranja después de que llegara este autobús a Algeciras?

—Yo no estoy aquí para controlar los equipajes que lleva la gente.

—Lógico. Disculpa.

—Hasta mañana.

—Hasta mañana.

Y me deja solo en el autobús. La cena, efectivamente, se ha quedado un poco fría con tanta cháchara, pero hay que valorarles el detalle. Habrán pensado que ya con estar atrapado tengo bastante desgracia y que añadir el hambre a eso es una crueldad innecesaria.

Porque bien, bueno, vale, sí, ¿por qué no?, uno tiene pareja, pero entonces necesita mantener conversaciones interesantes, puesto que te pueden pasar muchas cosas (insatisfacción sexual e incluso infidelidades), pero nunca te perdonarán que carezcas de opiniones interesantes. Con todo, eso no pasa de ser un acuerdo tácito: mucho peor es cuando uno intenta terminar una relación y ahí sí hay una exigencia expresa de motivos que vayan más allá de algo tan socorrido como el fin de la magia. Razones claras. Sin embargo, yo no me asomo a la ventana y veo un atardecer sobre una playa con palmeras, lo cual me deja en una situación penosa. Demasiado estupendo para mí. Lo que yo veo son farolas viejas, asfalto y una boca de alcantarilla mal colocada que suena de madrugada cuando pasa un coche por encima.

Penita de hombre, de verdad.

Pero la cena ya está terminada y ahora sí que voy a intentar dormir lo mejor que pueda.

Mañana será otro día.

Era un hombrecillo de mediana edad a quien la sotana imbuía de un aspecto un tanto siniestro. Aunque perfectamente rasurado en cualquier momento del día, la sombra de la barba no desaparecía de su cara. Calvo y con gafas, los grandes cristales cuadrados de estas —no excesivamente gruesos— permitían distinguir en sus ojillos cierta mezcla de malignidad y desapasionamiento. Había oído hablar del coronel Esparza y estaba preparado para cualquier tipo de extravagancia. Por ello, a pesar de que no creía que se atreviera a tanto, no le sorprendió demasiado el hecho. Quiso saber más detalles, sin embargo.

—A lo mejor en vez de estos de madera y marfil, prefiere uno metálico. Ya sabe, pater, que el coronel es muy moderno —continuó Reinoso, mientras una sonrisa socarrona y obscena dejaba ver el negro espacio de los dientes caídos.

—Déjese de bobadas, Reinoso. No es la ocasión para bromas. ¿Cómo fue lo que pasó?